

Eduard von Keyserling

PRINCESAS

Traducción del alemán

Carlos Fortea

 **NOCTURNA**  
EDICIONES

Madrid, 2010

Título original alemán: *Fürstinnen*

© de la traducción: Carlos Fortea, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Lope de Rueda, 3, 6.º C. 28009 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: marzo de 2010



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut, el cual está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-937396-6-9

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

# PRINCESAS

La princesa viuda Adelheid von Neustatt-Birkenstein entró al despacho, a media mañana de un ardiente día de verano, para hablar de sus asuntos financieros con el mayor retirado von Büt-zow, el administrador de su finca. El príncipe Ernst von Bir-kenstein había muerto en plena edad viril. Una traicionera enfermedad pulmonar se lo había llevado con rapidez. Como el príncipe no había dejado descendencia masculina, le siguió en el gobierno del principado su hermano menor, el príncipe Konrad. Sin embargo, la princesa viuda se retiró con sus tres hijas al domi-nio de Gutheiden, que poseía al Este del imperio. El fallecido príncipe había sido un alegre caballero, y el patrimonio familiar se encontraba a su muerte en un estado de bastante desorgani-zación. La asignación de su viuda era más que escueta, así que la elevada señora decidió educar a sus hijas en la tranquilidad del campo. Incluso así, hacía falta mucha cautela para conseguir los recursos necesarios para una vida adecuada a su condición.

Esas visitas al despacho, las largas conversaciones sobre dinero, siempre dejaban a la princesa cansada y triste. Se sentaba en el sillón de mimbre, ante el gran escritorio cubierto de libros de cuentas. Frente a ella se sentaba el mayor, con su traje de lino gris, muy acalorado, el rostro redondo y pequeño enrojecido, hasta el cuero cabelludo resplandecía rojizo por entre el ralo y anciano cabello, y las puntas del bigote gris colgaban flácidas sobre las comisuras de la boca. En voz baja y chirriante emitía su informe, a veces se detenía y alzaba los azules y saltones ojos hacia la princesa para ver qué impresión le causaba. Sin embargo, la princesa estaba inmóvil en su asiento y miraba por la ventana abierta al patio, que ahora, en la pausa del trabajo, yacía silencioso al sol. Tan sólo en los establos había movimiento; un mozo de cuerdas, con la gorra galoneada echada sobre la espalda, lavaba un coche grande y reluciente. «Sin duda —pensó la princesa—, no hay nada más triste que la voz del mayor, y esas series numéricas, esos debes y créditos y saldos, qué hostil suena todo». Un gran moscardón se había extraviado en la estancia, y empezó a zumbar de manera ruidosa e irritante, como si quisiera sobrepujar el triste chirrido de la voz del mayor. La princesa aún era una hermosa mujer, sentada inmóvil con su blanco vestido de piqué, el pelo muy oscuro bajo el negro velo de encaje. La morena palidez de su alargado rostro tenía algo parecido a un bronceado mate, los rasgos eran de una regularidad maravillosamente serena y a

los grandes ojos castaños asomaba el denso patetismo de las vírgenes bizantinas. Las manos pequeñas, cargadas de sortijas, reposaban cansadas en el regazo. El informe había terminado. El mayor calló, alzó los blancos matorrales de sus cejas y miró expectante a su señora. La princesa siguió mirando hacia el patio, como si estuviera muy lejos con sus pensamientos, pero empezó a hablar, lentamente, en tono un poco lastimero:

—Todo esto no es muy alentador, pero nada podemos cambiar en los grandes gastos de los últimos tiempos y en los gastos que nos esperan. Este invierno tengo que ir con las princesas a Birkenstein para presentarlas en sociedad, bien, y luego viene el compromiso de la princesa Roxane. Hay que tapizar los muebles de la sala, del salón verde y del salón azul antes de la visita del joven gran duque. Luego está la dote y, aunque la boda se celebre en las posesiones de mi hermano el gran duque, habrá gastos más que suficientes. No es posible cambiar lo más mínimo en todo esto. Cuando haya pasado, se podrá intentar pasar un tiempo sin dinero y ahorrar.

Llamaron a la puerta, y se abrió sin que nadie dijera «¡adelante!». El conde Donald von Streith entró en la habitación, alto y enjuto, vestido con un traje de franela blanco.

—Viene justo a tiempo, querido conde —dijo la princesa, sin volver la vista, y le tendió la mano—, precisamente estábamos hablando de nuestros déficits.

El conde besó la mano ofrecida y dijo:

—¡Vaya, vaya! Nuestro mayor vuelve a tener todos los bolsillos llenos de preocupaciones.

El mayor se encogió de hombros, y la princesa se lamentó:

—Oh, sí, es otra vez esa espantosa fábrica de ladrillos.

El conde se sentó en un sillón alejado del escritorio, estiró las piernas y frotó con cuidado las puntas de los dedos de una mano y otra. Un cabello rizado y ligeramente canoso cubría su pequeña y alargada cabeza. Los ojos de un gris azulado se asentaban, extrañamente juntos, en el rostro tostado por el sol. Pero lo que dominaba por completo ese rostro era la poderosa y audazmente curvada nariz. Los trazos de perilla en el labio superior y en la mandíbula eran negros como el carbón. Todo su aspecto tenía algo de un elegante Don Quijote. En vida del príncipe Ernst, el conde había sido chambelán en Birkenstein. Ahora poseía una finca en el bosque cerca de Gutheiden y vivía allí, solo, en su pequeño pabellón de caza. Sin embargo, su principal ocupación era aconsejar a la princesa en la administración de su finca. A cualquier hora del día se podía ver su pequeño automóvil o su caballo overo detenido en el patio del palacio de Gutheiden, y todo el mundo en la finca sabía que el verdadero señor allí, el que tomaba las decisiones, era el conde Streith.

—Bien —empezó el conde—, si el ladrillo nos deja en la estacada, el bosque tendrá que mantenernos.

—¿Usted cree? —dijo la princesa, mirando esperanzada al conde—. Ya sabía que a usted se le ocurriría algo.

El mayor había cerrado sus libros, y se incorporó:

—¿Puedo retirarme a mis tareas? —murmuró.

—Sin duda —respondió la princesa—; le doy las gracias, mi querido mayor —y le tendió la mano, que él besó—. Ya ve que siempre hay una salida.

Sin embargo, el rostro del mayor conservó su expresión preocupada, se inclinó ante el conde y salió de la habitación.

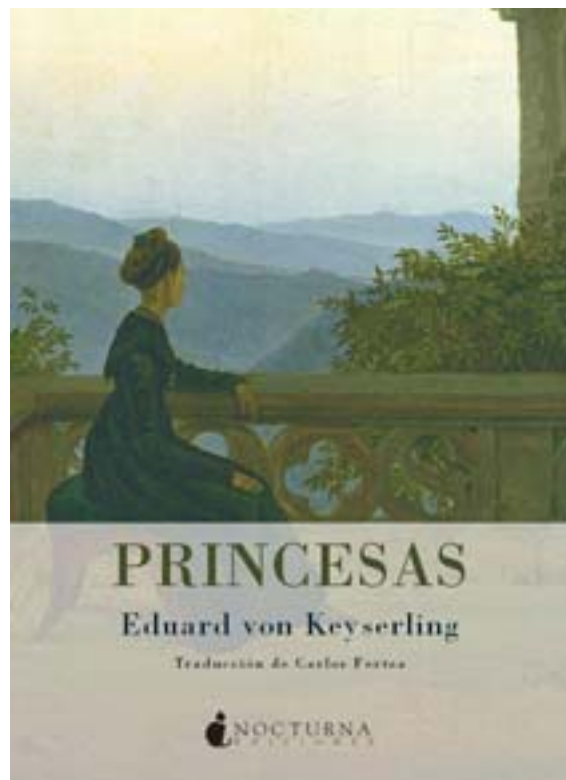
La princesa volvió a mirar pensativa por la ventana y el conde se frotó las puntas de los dedos. Ambos guardaron silencio un rato y escucharon el leve tintineo que vagaba por el aire ardiente del mediodía. Por fin la princesa empezó, como si hablara consigo misma:

—Cuando el mayor expone todas esas cosas desagradables, hay algo lleno de reproche en su voz. Pero no puedo hacer nada ante el hecho de que la fábrica de ladrillos no produzca, no por eso voy a esconder a mis hijas aquí en el campo. Tengo que visitar con ellas a la gente en Birkenstein y en Karls-tadt, tienen que casarse. Una princesa soltera carece de lugar en el mundo. Las princesas solteras son como esos trabajos en perlas que se regalan a las gobernantas por su cumpleaños, los posavasos o los plumeros, cosas que nunca se sabe dónde poner.



# SIGUE LEYENDO

PRINCESAS  
Eduard von Keyserling



Nocturna Ediciones  
ISBN 978-84-937396-6-9